|  |
| --- |
| **Herencia y responsabilidad** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 04 / 2006 |
| El debate entre quienes explican el destino de las personas a partir de sus genes y los que se basan, más bien, en las fuerzas del entorno y los avatares de la experiencia, no cesa. Probablemente, de maneras distintas en épocas diferentes, sea uno de esos problemas constantes para los seres humanos, que se replantean una y otra vez con términos diversos y a propósito de coyunturas propias de cada tiempo. Pero está. Estuvo en las elaboraciones de los filósofos antiguos, en las más modernas consideraciones científicas, en la base de muchas ideologías políticas y en todas las obras literarias que han dejado alguna huella. ¿Herencia o experiencia?  Los científicos de la conducta han tratado de responder esa pregunta a partir de metodologías de investigación ocurrentes y sofisticadas. Por ejemplo, comparando en los más diversos aspectos — desempeños intelectuales, habilidades específicas, manifestaciones patológicas, rasgos de personalidad, estilos de comportamiento, etc.— a personas que comparten distintos grados de la carga genética y del entorno. En un extremo estarían los gemelos idénticos que viven juntos — mismos genes y casi el mismo entorno— y en el otro los gemelos idénticos que fueron separados al nacer — mismos genes y diferente entorno—, por un lado; y, por el otro, hermanos que fueron adoptados por una familia — mismo entorno y nula relación genética— y personas que no tienen vínculo de ningún tipo y viven en entornos distintos. Entre cada uno de esos extremos hay una serie de gradaciones representadas por mellizos, hermanos, medio hermanos, etc. Al comparar a todas esas personas se tiene una idea aproximada del porcentaje de la variación de las conductas medidas que depende de la herencia y de la experiencia.  Después de muchos años en los que la experiencia estaba en el centro de todas las explicaciones, posiblemente en razón de una larga época previa a la segunda guerra mundial en la que la herencia sirvió para justificar la desigualdad social y la discriminación racial, los genes han vuelto al escenario con mucha fuerza desde la década del 80. Quizás la explicación esté en una ideología socioeconómica que promueve la competencia intensa y una suerte de selección natural en la lucha por recursos que hoy sabemos son limitados. Pero también en sólidos hallazgos acerca los determinantes de la conducta, el funcionamiento del sistema nervioso y la transmisión de características complejas.  Hoy sabemos que la herencia cuenta, pesa y determina. Pero ese conocimiento no debe inducir al pesimismo ni al derrotismo. La pregunta relevante para nuestras vidas es cómo nos apropiamos de nuestra herencia. El otro día conversaba con una familia integrada por cuatro personas. Una familia interesante, bien articulada, sólida, con un sano espíritu de equipo y capacidad para hablar de lo bueno, lo malo y lo feo. En realidad, un exceso de responsabilidad los condujo a buscar orientación o, más bien, un espacio dentro del cual orientar algunas dudas y preocupaciones. La conversación giraba en torno a las rigideces, rituales y estilos de ambos padres, y cómo habían ejercido presión sobre los chicos y explicaban algunas de sus características.  Muy pronto nos dimos cuenta de que las cosas estaban planteadas de tal forma que la herencia así como los modelos que representaban los padres, estaban siendo vistos como algo externo, que venía de fuera y actuaba como una suerte de corset que obligaba a los hijos a desempeñarse de una manera u otra. Bastaría que los padres dejen de presionar para que las cosas sean distintas. No es así. Cierto que a veces los padres ejercemos presiones. Pero en este caso decidimos comenzar a hablar de los rasgos de los chicos como propios, producto en parte de los genes que actúan en ellos, de los modelos que han interiorizado y de estilos que son de ellos y de nadie más. Herencia y responsabilidad personal no son incompatibles. No basta heredar. Hay que apropiarse de la herencia. |